

¿POR QUÉ TIENEN MIEDO?

**Hna. Rosario
Purilla, CM***

Resumen:

En este artículo, retomamos la reflexión del Papa Francisco sobre el texto bíblico de Mc 4, 35-41, pretendemos hacer una relectura sobre algunos elementos que iluminan y replantean la vivencia de la fe, especialmente en el tiempo pascual en el que nos encontramos. Una pandemia ha arrebatado la tranquilidad aparente de un ritmo de vida al que estábamos habituados. Un contexto amenazante y peligroso pone en total evidencia la vulnerabilidad humana. En la fragilidad y el miedo, reconocemos que el Señor de la Vida despierta y escucha el clamor del sufrimiento de su pueblo en todos los tiempos de la historia humana. Jesús Resucitado cuestiona también hoy nuestra cobardía y falta de fe. El cuestionamiento abre la puerta al discernimiento y a la audacia solidaria como evidencia de nuestra fe en el Resucitado.

Palabras clave: Fe, confianza, parábolas, compromiso, miedo, emociones, vida, tempestad, atravesar, escucha, discernimiento, resurrección.

*Religiosa peruana de la Congregación de Carmelitas Misioneras, estudió Ciencias Religiosas en el Iset Juan XXIII, de Lima-Perú; es Bachiller en Teología y Licenciada en Teología Bíblica por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Miembro del ETAP (equipo de teólogas/os asesoras/es de la presidencia de la CLAR).

Introducción

Acoger la esperanza y permitir que sea ella la que nos sostenga y fortalezca en este tiempo de pandemia fue una invitación del Papa en la oración extraordinaria del 27 de marzo de este año¹. La certeza del Resucitado está a la base de la esperanza, la misma que experimentaron los discípulos, una vez calmada la tempestad. En el contexto Pascual en el que nos encontramos, queremos releer el texto que Francisco nos propuso como luz para iluminar estos tiempos difíciles y de oscuridad que vivimos. Es un periodo en el que resuena con especial fuerza el cuestionamiento de Jesús a sus discípulos: ¿por qué tienen miedo? ¿aún no tienen fe? Mc 4, 35-41.

Sin duda, estamos en un tiempo privilegiado para vivir conscientemente, -más que de costumbre- la fe que decimos tener. El sentirnos personas de fe, o con fe, sin embargo, no nos ahorra desconcierto y miedo, que podemos estar experimentando. De la mano del Maestro intentaremos redescubrir el rostro del Dios de Jesús, su Padre; un Dios que se

interesa por las necesidades concretas de la vida de las personas con quienes se relaciona; un Dios que se preocupa y se compromete con el bienestar de sus contemporáneos. En Jesús lo vemos cuando sana a muchos enfermos, cuando arroja varios demonios (Mc 1, 33) y cuando escuchamos que curó a todos los enfermos en Mt 8,16, al menos eso testimonia la triple tradición sinóptica².

La esperanza solidaria es una práctica que dinamiza Jesús de Nazaret. La única referencia es el Reino, lo que implica que para sus seguidores, a quienes da ejemplo, también lo es. Tomaremos algunos elementos del texto que pueden iluminar la relectura del proceso de fe que se nos exige hacer hoy. La praxis de fe en estos tiempos ha de evidenciar la fe en un Dios encarnado en la historia, nuestra fe nos fortalecerá para seguir adelante, superando todas las tempestades que puedan surgir.

Esta es la fuerza de la fe que libera del miedo y de la esperanza. La que nos permite aceptar las muchas contrariedades de la vida por mucho que quisiéramos cambiarlas o revertirlas. Nece-

¹ Francisco, *Momento extraordinario de oración en tiempos de Epidemia*. Homilía. Ciudad del Vaticano, 2020, 3.

² Cavedo. "Vida", *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, 1929.

sitamos aceptar que la vida está permanentemente compuesta de contradicciones que han de ser acogidas como componentes constitutivos de la misma.

En este sentido, “cada época tiene su propia tarea en la presencia de Dios”, escribió K. Rahner y la nuestra, ahora, es testimoniar - transmitir nuestra fe en tiempo de crisis.- Puesto que “todo esto constituye una amenaza, un desafío, un riesgo para la fe y para la misma capacidad humana de creer. La fe de hoy se caracteriza por ser una fe puesta en peligro”³.

1. Una tormenta amenaza nuestra barca

Podemos identificar fácilmente la tormenta con la pandemia que estamos viviendo en el mundo. Dejemos iluminar nuestra reflexión por algunos elementos de este relato sobre la travesía de los discípulos y Jesús en el mar de Galilea en Marcos 4, 35-41. Es un episodio presentado por los sinópticos, por su importancia mereció ser recogido y ofrecido con todas las claves teológicas y simbólicas que contiene. Es precedi-

³ Ver a Rahner. “*Der Glaube Des Priesters heute*”, 215-219.

do por las enseñanzas de Jesús sobre el Reino de los cielos a través de parábolas, las mismas que explica dando ejemplos (Mc 4, 1-34). Posteriormente encontramos al Maestro curando, devolviendo vida y salud al endemoniado de Gerasa, a la mujer que sufría de pérdidas de sangre y a la hija de Jairo (Mc 5).

1.1 “*Se levantó entonces una fuerte tempestad*” Mc. 4, 37a.

Al caer la tarde Jesús invita a los discípulos a pasar de una orilla a otra. Es en ese tránsito cuando se “levantó” v. 37 una fuerte tempestad, es decir, un fenómeno de desequilibrio violento y de agitación en el que se alborotan el viento y las aguas. Es una experiencia amenazante que provoca en los discípulos zozobra, susto y angustia, sienten el peligro del hundimiento y en consecuencia la posibilidad de la muerte.

La situación les toma por sorpresa, no habían avizorado temporal alguno. No estaban preparados emocionalmente para afrontar una situación así. Habían pasado el día tratando de comprender el Reino de los cielos que Jesús les explicó. En la barca se encuentran desprovistos y vulne-

rables, improvisadamente, están frente a la experiencia que todo ser humano por instinto evade: la muerte.

Esta es la vivencia más común a todas las personas en todos los tiempos, culturas y “orillas” del planeta⁴. La muerte llega a “gente de toda raza, lengua, pueblo y nación”. Enfrentarse a situaciones que conducen a la muerte causa el mismo efecto que en los discípulos: miedo. Una de las emociones del mundo interno más profundo del ser humano y al mismo tiempo la reacción instintiva más inmediata.

La Escritura también testimonia que el miedo acompaña la experiencia central de la vida humana. Lo constatamos en los innumerables textos en donde el Señor o sus mensajeros dicen “no temas”, al dar un anuncio o una misión⁵. Especialmente, cuando está bajo la amenaza de la muerte⁶.

Los Evangelios concuerdan al presentar a Jesús en la experiencia del límite humano en Getse-

maní y desde la Cruz; sin embargo, la confianza en el Padre es lo que le permite decir “que no se haga mi voluntad sino la tuya” y “en tus manos encomiendo mi espíritu”, respectivamente. Esta voz de confianza en labios de Jesús tiene implicaciones teológicas y antropológicas para las primeras comunidades cristianas y en la Iglesia en general, ya que está vinculada directamente con la experiencia de fe, justamente lo que Jesús cuestiona a los discípulos “¿todavía no tienen fe?” (v. 40).

1.2 Dios oye el clamor de su pueblo

La confianza en Dios que muestra Jesús en diferentes momentos de su vida, trasciende cualitativamente los límites y las objeciones que pueda argumentar la razón humana⁷. Los testimonios de Mateo y Marcos describen el momento en el que Jesús experimentó miedo y angustia frente a la muerte en la cruz. Él grita su vivencia a través de un cuestionamiento: “¿Por qué me has abandonado?” (Sal 22). Es el momento pleno de su abandono confiado, desde la fragilidad propia de su total humanidad.

⁴ Ver a Calduch, Benages, “*Muerte y Mujeres en la Biblia Hebrea*”.

⁵ Zacarías en Lc 1,12; María en Lc 1,30; José en Mt 1,20.

⁶ Ver a Costacurta, “*La vita minacciata. Il tema della paura nella Bibbia Ebraica*”, 9.

⁷ Marconcini, “Fe”. En *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, 655.

Jesús entrega la existencia a su “*Abba*”, y lo hace porque confía ilimitadamente en su padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, el Dios de Israel su pueblo. Este mismo Dios que se afecta por el sufrimiento de su pueblo, que no tiene reparo en manifestar sus emociones y sentimientos ante el sufrimiento de su creatura. El mismo que abre el corazón a Moisés al calor del fuego de la zarza.

El Dios de la creación expresa que ha *visto* la opresión de su pueblo, que ha *oído* el clamor que le arrancan sus opresores, el mismo Dios que *conoce* -experimenta las angustias; el mismo Dios que actúa, se *abaja* para liberarlo, *envía* a alguien para sacarlo y llevarlo a un lugar espacioso para que se sienta consolado (Ex. 7-8). El Dios vivo y verdadero reacciona ante el dolor de su pueblo y concretiza su intervención liberadora con Moisés.

Jesús manifiesta su total confianza en el Dios de la promesa, una confianza que supera toda esperanza humana, está firmemente persuadido de que Dios realiza todo lo que promete. Así lo testimonia la historia de salvación del pueblo al que pertenece. La confianza que experimenta Jesús

es una adhesión absoluta al amor que ha recibido de Dios, su Padre. La fe vivida desde la confianza requiere un acto voluntario y libre de fe, una decisión de “querer creer” y de “elegir creer”, asumiendo consecuencias.

1.3 “*Las olas entraban en la barca, de manera que la barca estaba ya hundiéndose*” (v .37b)

También hoy, en la barca de la humanidad, de nuestros pueblos latinoamericanos, sentimos que las olas de la pandemia han entrado de manera sorpresiva y violenta. De repente nos encontramos en la intemperie, desprovistos y vulnerables, conforme vamos entrando en la espesura de la tempestad causada por el Covid-19 en el planeta. Pues los gobiernos de turno y líderes de Iglesia se han visto sorprendidos por la pandemia.

Estábamos acostumbrados a ir de una “orilla a otra”, esta vez, en la travesía, ha surgido una tormenta inesperada que provoca en nuestra propia carne zozobra y miedo. Las autoridades dictan medidas que necesitan ser acatadas, en las calles se apodera un silencio sepulcral, el miedo ahoga los gritos de angustia frente al

posible contagio y a la muerte. El miedo no solo se respira sino también se escucha silencioso detrás de las mascarillas, las miradas de desconcierto y la violencia, por no tener qué llevar a casa para comer. La cercanía del otro se ha vuelto peligrosa y atemorizante, no es posible levantar al caído ya que puede ser un caso positivo.

En el v.38 del texto de la tempestad, vemos que los discípulos no solo despiertan a Jesús que estaba durmiendo sobre el cabezal sino que presos del miedo, lejos de confiar en el maestro, se dirigen a Él reclamándole “*¿no te importa que nos hundamos?*” Depositan en Él sus temores y angustias recriminándole, de manera hostil, la falta de interés por ellos.

La reacción tensa que les brota desde dentro, producto del miedo y el tono impetuoso de su reclamo, deja entrever la tensión interna que poco a poco fue apoderándose de ellos, invadiéndolos, perturbándolos en todas sus dimensiones humanas personales e interpersonales. El miedo se intensifica y emerge como un mecanismo de defensa.

Jesús se levanta, como se levantaron las olas y el viento; en

tono imperativo entra en relación con el viento y el agua, calmando, apaciguando las mismas, les ordena que se silencien, se callen. A los discípulos les confronta con su propio miedo y pone en evidencia su falta de valentía llamándoles miedosos y cobardes. Les cuestiona en su fe, los enfrenta a sus miedos y los provoca al temor, al estupor de la acción de Dios que es completamente diferente al miedo. También ellos experimentan lo que el viento y el agua: calma y silencio por las palabras de Jesús.

Es curioso ver cómo los discípulos se sienten sacudidos, zaran-deados interiormente por la tempestad fuerte, y lejos de pensar y buscar qué hacer para afrontar el peligro, lo que hacen es despertar al maestro que dormía sobre el cabezal en la popa. Y reciben otra “sacudida” en la fe, de parte de Jesús, de quien se plantean la pregunta de fondo “*¿Quién es este que hasta el viento y el lago le obedecen?*” (Mc4, 41).

2. Jesús revela el verdadero rostro del Padre

Definitivamente Jesús, a través de sus gestos, miradas, palabras, acciones, devela el amor de Dios Padre cuya ternura le brota de las

entrañas, por eso decimos que Dios es como una Madre. De muchas maneras Jesús manifiesta a los discípulos este rostro real del Dios de Israel a quien con filial obediencia llama Padre.

2.1 Proclama la misericordia del Padre en los gestos de cura y liberación

La firmeza con que ha confrontado a la comunidad de discípulos es parte de la pedagogía amorosa de Dios. Quienes habían sido llamados, elegidos y enviados por Jesús, a pesar de haberlo visto en plena realización de su actividad, de haber caminado con Él desde Galilea hasta Jerusalén, no logran comprender quién es realmente Jesús de Nazareth, ni cuál es su identidad.

Cada uno de los Evangelios, de manera especial Marcos, nos van llevando progresivamente a responder al interrogante sobre la identidad del Maestro. Marcos inicia su Evangelio testificando la identidad de Jesús: *“Comienzo de la buena noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios”* (Mc 1,1). La identidad de Jesús manifiesta el verda-

dero rostro misericordioso y restaurador de Dios, especialmente con los más vulnerables.

Lo vemos sensible al dolor del mundo femenino en la valoración del óvulo de la viuda pobre, su actitud frente a la mujer encorvada a quien llama hija de Abraham; la relación con María de Magdala, con María de Betania, la viuda que llora a su hijo muerto, la hija de Jairo a quien devuelve la vida, la mujer que llevan para ajusticiar por adulterio, etc.

A Jesús, lo percibimos cercano y comprometido con el dolor, con el mundo de los enfermos marginados: leprosos, paralíticos, cojos, ciegos, a quienes les restablece la salud y la posibilidad de reincorporarse en la comunidad judía de la que estaban excluidos. Lo escuchamos totalmente misericordioso, al decir, *“no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”* «vete y no peques más”. Sufre con la familia amiga, llorando por la muerte de Lázaro, a quien devuelve la vida. Lo vemos con enojo e ira denunciando que habían convertido en mercado la casa de su Padre⁸.

⁸ Ver a Mc 12:41-44, Lc 13,10-17; Jn 20,11-18, Lc 10,38-42; Lc7,11-17; Jn 8,1-11; Lc 5,17-26; Lc. 18.35-43.

2.2 Testimonia la compasión del Padre con sus criaturas

Es posible reconocer en Jesús las mismas actitudes de Dios frente a su pueblo: se afecta por el dolor y el sufrimiento de sus contemporáneos, *ha visto, ha oído, conoce, se abaja y envía* para aliviar el dolor, el sufrimiento, dar esperanza y vida allí donde no la hay. La vida en abundancia de la que nos habla Jesús (Jn 10,10) nos la da y enseña a cada paso.

Con los relatos parabólicos quiere enseñar e iluminar la praxis de sus discípulos, seguidores y detractores, quiere ofrecer una nueva visión. Ellos contienen su teología y su eclesiología, el enfoque de sus acciones. Realiza su anuncio del Reino de misericordia y justicia para las/os pobres, a través de estas narraciones.

La parábola del hijo pródigo va dirigida a los fariseos, que cuestionaban en todo momento su actitud misericordiosa con los pecadores. Aunque no quisieran, no tienen más remedio que reflejarse en el personaje del hermano mayor de la parábola⁹. Lo mismo sucede con la parábola del hombre Samaritano a quien se le

⁹ Fusco, “Parábola/Parábolas”, 1390.

atribuye una actitud bondadosa y misericordiosa, esperada en los expertos de la ley judía, que sin embargo no la tienen. Jesús enseña y confronta.

¿Por qué Jesús recurre a esta manera de argumentar y presentar su mensaje? Quizá porque de esta manera se va realizando el proceso lógico que de otra manera no podría concluir el propio interlocutor, es decir, estaban quienes le escuchaban porque su propuesta les convencía y quienes eran contrarios y la desaprobaban. De hecho, lo que aprendían, lo aplicaban en situaciones y realidades concretas de vida cotidiana. Pero, como sabemos no todas las personas que lo escuchaban compartían su visión y sus opciones.

A lo largo de la vida de la Iglesia, se reconoce que a las parábolas no se les puede dejar pasar desapercibidas porque nos colocan en un aprendizaje y nos confrontan, pero sobre todo porque nos revelan la verdadera identidad, el verdadero rostro de Dios, del Padre de Jesús.

La narración de la travesía de los Discípulos en Mc 4, 35-41, culmina con el interrogante abierto sobre la identidad del Maestro.

Así como parte de esa identidad se devela en plena tempestad, se continúa revelando en una sanación en tierra extranjera, Gerasa (Mc. 5, 1-20), donde Jesús es reconocido como “hijo del Dios Altísimo” por los espíritus inmundos que se postraron. Estos detalles literarios manifiestan que lo reconocían como Mesías. Siguen otros dos episodios: con la mujer que perdía sangre, Jesús exalta la fe de la mujer, por la que queda sanada, liberada de su mal y en paz. A uno de los jefes de la sinagoga, le pide que siga creyendo que no tema, (Mc 5,36) cuando le llevan la noticia que su hija había muerto. Aquí, Jesús devuelve la vida y pide a los presentes que se callen, que no divulguen y que mantengan en secreto lo que había sucedido¹⁰. El elemento de la fe que Jesús cuestiona a los discípulos con miedo de hundirse, están presentes en los personajes siguientes que no pertenecían al círculo de seguidores.

En el contexto pascual que vivimos, con la certeza de la resurrección a pesar de la tormenta de la pandemia y sus consecuencias, es necesario pues afirmarnos

¹⁰ Lo que conocemos como secreto mesiánico, estrategia literaria que genera expectativa y suspenso a la narración de Marcos.

en nuestra condición indispensable de creyentes, en la certeza de la victoria sobre la muerte que anuncia la liberación del ser humano sobre el miedo a la muerte.

Conclusión

Resucitando a Jesús su hijo, Dios ha confirmado su mensaje y su vida, su proyecto del Reino de Dios y su actuación completa. El anuncio de Jesús en torno al mar de Galilea, y en el episodio de la tempestad calmada, muestran que la misericordia de Dios es verdad. La actuación profética de Jesús, coincide con la voluntad del Padre. La defensa de Jesús por los pobres, la solidaridad con los que sufren, el perdón a los pecadores, es lo que Dios quiere, es el gran deseo que acaricia con su corazón. Dios no se queda pasivo. Podemos pensar hoy, que el mal tiene mucho dominio, poder, sí, pero solo hasta la muerte. Más allá del dolor y de la muerte, el único que tiene poder y dominio es el amor de Dios.

La comunidad de creyentes de hoy, lleva en su corazón los mismos interrogantes y sentimientos de los discípulos en la barca ¿hasta cuándo durará esto? ¿Por qué duermes Señor mientras estamos

naufrajando? La zozobra, el miedo y la angustia de no tener alimento, ni dinero para llevar pan a la casa, el miedo a contagiarse y a no recibir la atención necesaria, el no poder superarlo, el aislamiento y sus consecuencias emocionales. Solo afrontando nuestros temores humanamente comprensibles y naturales, podremos dar el salto cualitativo de fe. ¿Quién nos puede consolar en esta situación irregular que vivimos? ¿Quién nos quiere ayudar?

Escuchando y discerniendo las necesidades de la gente, necesitamos dar a conocer que Dios nos ama, nos abraza y nos envía. Los discípulos del Maestro nos atrevemos a despertarlo sabiendo que es el Señor de la Vida. Pues la Resurrección de Jesús se convierte en razón última de la esperanza y es lo que nos alienta a alcanzar respuestas. En estos tiempos en los que la crisis se está intensificando, hemos de reavivar nuestra fe recuperando la experiencia viva del Resucitado. ¿Dónde y cómo vivir la fe de la resurrección en el contexto desolador que tenemos? ¿Dónde y cómo vivir la fe en la resurrección sin reducirla a una afirmación teórica?

La situación actual nos está despertando. Así como escuchamos las necesidades de la gente, también nosotras/os estamos llamadas/os a escuchar en los pobres de nuestra tierra estas increíbles palabras: “Yo soy el origen y el final de todo. Al que tenga sed yo le daré gratis el manantial del agua de la vida” (Ap 21, 6).

Bibliografía:

- Francisco. *Momento extraordinario de oración en tiempos de Epidemia. Homilía*. Ciudad del Vaticano, 2020, 3.
- Cavedo. “Vida”, *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*. Madrid: 2001, 1929.
- Calduch, Benages. “Muerte y Mujeres en la Biblia Hebrea”. En *Muerte y Teología en perspectiva de Mujeres*, por M. Navarro Puerto, 39-84. Bilbao: 2006.
- Zacarías en Lc 1,12; María en Lc 1,30; José en Mt 1,20.
- Costacurta. “La vita minacciata. Il tema della paura nella Bibbia Ebraica”. *AnBib* 119, Roma: 1997, 9.
- Marconcini. “Fe”. En *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*. Madrid: 2001, 655.
- Fusco. “Parábola/Parábolas”. En *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*. Madrid: 2001, 1390.